

EL RECUERDO DEL MARQUES DE LOZOYA*



Dicen que la hora de la muerte es la de las alabanzas. Pero, aparte de que fundamentalmente es la hora de la verdad, para el Marqués de Lozoya, esa hora había sonado, no sabría yo decir desde cuándo, desde el momento en que uno se encontraba con él. Apelo a cuantos tuvisteis el privilegio de tratarle. Ha sido uno de esos hombres señeros, muy contados, que, sobre no dejar resquicio a la malevolencia, vivió nimbado por un afecto y una admiración unánimes. Digámoslo todo: ha sido también uno de los muy contados hombres a quien, pese a su firmeza de carácter y de convicciones, jamás se le habrá oído murmurar ni

herir a nadie en sus juicios, ni hubiera sido fácil hacerlo en su presencia; un hombre que extremó, sin reticencias, la comprensión con las personas y con las actitudes más en pugna con sus cánones: desde las anomalías, digamos anomalías, éticas, hasta las piruetas ideológicas o artísticas.

En alguna parte, joven todavía, dejó escrito que «el lugar que ocupamos en el mundo es hartamente pequeño de lo que nuestra vanidad nos hace creer». Como la vanidad es algo que él desconocía, vino a ocupar un lugar mucho más importante y claro de lo que imaginaba. También, en uno de sus poemas, escribió que «es muy leve la huella de los muertos»: nosotros, unidos y conmovidos en el recuerdo, sabemos que la suya no es tan leve. Precisamente porque los vivos andamos hoy un tanto exangües y crispados, pienso en esos muertos que en la penumbra de las iglesias siguen ardiendo de amor, «polvo enamorado», como lámparas votivas, pienso en el maestro y el amigo que en la capilla de las Madres Dominicadas reposa a la espera de la resurrección de la carne, y siento, más allá de la razón y de la fe, el resplandor de una verdad que, de puro sabida, se nos enturbia al menor descuido: la de que en rigor no hay muertos, sino que unos continuamos todavía aquí, y otros viven ya allá, en el «inmortal seguro». Dios es tan bueno, solía decir, que cuando ve que aquí ya nos resulta penosa la vida, se apiada de nosotros y nos llama. En él tenía más gracia el decirlo, porque amaba la vida junto a los suyos con auténtica alegría cristiana y con la nitidez singular del poeta.

En sus *Conversaciones con Bergson* advertía Jacques Chevalier que necesitamos creer en el más allá, no tanto para encontrar a los que hemos perdido y para reparar las injusticias de la vida presente, cuanto para expresar a los que amábamos lo inexpresable, lo que no pudimos o supimos decirles acá abajo, y cuyo sentimiento nos persigue cuando ya no se encuentran con nosotros... No hallo otra justificación que explique mi intervención en este acto, que me disculpe el no haber tenido suficiente conciencia de mis limitaciones para declinar el honor de evocar aquí su figura.

* En la sesión necrológica en memoria del Marqués de Lozoya. (Real Academia de Bellas Artes de San Carlos. 16 de junio de 1978.)

Hace ya algún tiempo, al editar la Asociación de Amigos de Segovia una antología de su obra poética, y comentar él humildemente que aquellos versos estaban ya «olvidados de todos y de mí mismo», no pude menos de escribirle una carta abierta rogándole que me perdonara si, por una sola vez, le desmentía. Ni nosotros —le dije— hemos olvidado sus versos, como no le hemos olvidado a usted, ni usted ha podido olvidar, no ya esa vocación poética que traspasa su vida y su obra, sino aquellos poemas de juventud: entre otras razones, porque, además de mantenerse fiel a cuanto esa poesía entraña, sigue usted siendo joven, más joven que muchos de nosotros.

Leerle era un modo de no perder su compañía. A estas alturas de la vida, cuando ya vas recogiendo velas y enfilando el puerto, sientes que el retorno a la poesía, tantas veces pretérida por vanas urgencias, te devuelve la verdad y el aliento. Mientras para las nuevas generaciones, le decía yo, la poesía es profecía y vuelo, y para algunos, desgraciadamente, turbio resentimiento, para otros sigue siendo nostalgia de lo que debimos ser y no fuimos. Entonces, estos libros que usted tuvo la caridad de dedicarle a un estudiante que le robaba el tiempo leyéndole sus ingenuidades, vienen de pronto a poner en pie en el corazón, aparte algún que otro fantasma, los mejores sueños de aquel mundo que no diré si era mejor o peor, pero era el de la juventud, cuando uno le grababa a su novia en la pulsera aquel verso fulgurante de Stephan George:

«Du mir Heil, Du mir Ruhm, Du mir Stern!»

Poemas castellanos, Romances del llano, Cantar de las tierras altas, Sonetos espirituales, Los caminos y los días... No soy yo quién para aquilatar su valor, y mis palabras son simple prólogo a la recitación de algunos de esos poemas. Pero cuando vuelvo a abrir aquellas páginas:

«Caminos de Segovia, de Olmedo y Tordesillas!
Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros!
Bajo la faz del polvo yo busco de rodillas
la huella de los santos y de los caballeros!»

cuando vuelvo a abrir aquellas páginas entrañables, compruebo cuán fundidas anduvieron su poesía y su personalidad. Su poesía era la que había de ser, la que respondía a su sensibilidad histórica y a su recóndita intimidad, a su sencillez y a su prestancia, a su fibra estética y a su nobleza por los cuatro costados.

Recientemente hube de recordar una carta suya de 1928 en la que, sin énfasis alguno, me decía: «El poeta a quien usted se refiere no puede ocupar lugar alguno en el momento actual, pues cuando privaba la estética que él cultivaba era muy joven y no supo triunfar, y ahora tampoco sabe

adaptarse a la manera nueva. Conténtese, que no es poco, con la estima de sus amigos...». Pues bien, a los amigos no les engaña el afecto cuando recuerdan que aquellos poemas primeros, por su autenticidad de fondo y forma, obtuvieron el Premio Fastenrath. Ni descuidado ni artificioso. Ya por entonces lo apuntó Manuel de Sandoval: «Ha conseguido, depurando un procedimiento que pudiéramos llamar de *estilización heráldica*, dar a sus cuadros nobleza, dignidad y decoro, sin restar vida y animación a las viejas escenas que describe.»

En efecto, pese a tener, por esteirpe y por temperamento, tan hondamente ahincadas sus raíces en la tradición, es decir, por tener de la tradición su más auténtico sentido, había superado con absoluta naturalidad cualquier manierismo arcaizante, y jamás, ni en su vida ni en su pluma, fue anacrónico. Buena piedra de toque para comprobarlo sería, allende sus poemas, una novela injustamente preterida: *El Regidor*. Bien cabría aplicarle a él lo que él dice allí de Don Carlos de Ossorio: «Conocía el secreto de todos los archivos y de todas las piedras de nuestra viejísima ciudad», la Segovia de sus amores. «Sabía los nombres de los que reposaban en sus tumbas marmóreas a la sombra de las iglesias. Leía de corrido en los blasones de los palacios solariegos, y podía enumerar los nombres de aquellos que a lo largo de los siglos se llamaron sus señores, y que no eran, como no somos nosotros, sino precarios inquilinos...» Era puro encantamiento recorrer con él hasta las callejuelas, tras habernos detenido horas en la catedral, y llegarnos por la tarde al sepulcro de San Juan de la Cruz. Fue hombre de su tiempo, incluso con un delicioso sentido del humor, precisamente porque llevaba el alma anclada en la eternidad.

Buena tierra, la suya, para anclar en lo eterno:

«Tierra de pocas espigas!
Cielo de muchas estrellas!»

Sus *Sonetos espirituales*, luego del dedicado al Conde de Ceste, su padrino, por quien sentía veneración, inicianse con éste:

«No creáis que mi tierra de Castilla,
por árida y por yerta, no da flores;
no penséis que tan sólo de rencores
prendió en su recia entraña la semilla.
El Hidalgo inmortal de Argamasilla
es gala y prez de firmes amadores.
Rodrigo de Vivar, en sus amores,
su generosa condición humilla.
Por la desdicha de un amor perece
la dulce Melibea, y enloquece
por un amor la reina Doña Juana.
Y encastillada en su ciudad roquera,
Teresa de Jesús, como una hoguera,
alumbró la llanura castellana.»



Fue luego un enamorado de Valencia. El amor a la cátedra y el amor a la ciudad en que iniciamos la docencia es natural que vengan a fundirse, y en él esta fusión fue ejemplar y perdurable. En uno de sus últimos escritos, el que me dedicó con un cariño paternal con motivo de mi jubilación, contaba su primer contacto con nuestra tierra en una mañana de abril, es decir, de nuestra primavera tan distinta de la «tímida primavera de Castilla». «Hice el viaje de noche —escribe—, y al amanecer se me fue revelando la belleza de la huerta: un paraíso deslumbrador para quien había pasado su juventud en la grandiosa aridez de la meseta. Leguas de naranjales. El olor del azahar penetraba por las ventanillas del vagón y producía en mí una embriaguez insólita. Lejanas sierras azules, pueblos de caserío blanco al cobijo de una cúpula de cerámica azul. Me enamoré de aquella tierra en la cual había de transcurrir una década, acaso la más dichosa, de mi vida... Fui feliz —continúa—, completamente feliz. Pasaba la mañana preparando y explicando las clases. Dedicaba las tardes a conocer Valencia, calle por calle, iglesia por iglesia, con la inapreciable *Guía de Levante*, de mi profesor don Elías Tormo... El paisaje, contemplado desde el Miguelete, era un asombro: el apiñado caserío, interrumpido por las cúpulas azules o doradas, por los *miramares* de los palacios, por las torretas de madera de los *colombaires*. Y era una delicia deambular por las calles. A cada paso un palacio gótico o renacentista, o las casas bellísimas del siglo XIX, con las frondas de los jardines asomando por los tapias. A las nuevas generaciones no les será ya posible deslumbrarse en las iglesias de San Andrés, de San Martín, de los Santos Juanes, con sus retablos dorados, sus aliceres de Manises, sus techos policromos.»

No era sólo la ciudad, naturalmente, lo que le atraía. «El otro día —releo en una carta fechada en junio de 1925— fui a un pueblo a ver la procesión de las espigas, en la cual se lleva al Señor a través de los campos, al amanecer. No cabe imaginar nada más hermoso.» Más tarde consagraría a Valencia una novela que es un poema henchido de ternura y de pasión: *La alquería de los cipreses*.

No puedo registrar aquí anécdotas inolvidables, porque podría dar la impresión de querer beneficiarme de su sombra. Pero la verdad es que quedamos todavía bastantes discípulos para dar testimonio unánime de su sabiduría y su bondad, de su generosidad y sencillez con todos nosotros, que le debemos lecciones decisivas, y por mi parte sería ingratitud silenciarlo. Le debo ante todo la vocación a la cátedra, mirándome en su ejemplo, y la posibilidad de estudiar fuera de España: porque los míos temían que yo me perdiese por esos mundos, y él les aseguró que me portaría bien y que en todo caso él vigilaría mis andanzas. No contento

con esto, fue su madre quien me redactó la carta en que solicitaba yo la anuencia del profesor Jorge Renard para trabajar a su lado... Ya en Nancy, en una de nuestras largas conversaciones, el gran maestro no pudo menos de expresarme muy cortésmente su extrañeza de que escribiera yo el francés mucho mejor de lo que lo hablaba... Le revelé el secreto: el impecable francés de mi carta no era mío, sino de la venerable Marquesa de Lozoya.

Fue, la suya, una vocación jamás entibiada. «Tengo aquí en Segovia —me escribía en agosto de 1925— una casa, un huerto y una biblioteca que están hablándome de reposo y tranquilidad, y apenas paro en ellos... Pero dentro de muy poco volveré a los trabajos del Curso, un poquito más viejo, pero con la misma ilusión de siempre. Esa ilusión ha de ser la última que conserve.» Y cuando de verdad fue envejeciendo, la ilusión perduraba conmovedora: «He cumplido ya los ochenta años —me escribía en otoño de 1973—. Pero, gracias a Dios, me encuentro en un estado de salud asombroso. Sin embargo, en la senectud es triste la soledad en que va uno quedándose viendo cómo se marchan tantos y tantos amigos... Su carta ha evocado en mí un mundo de recuerdos, sobre todo aquella alegría y aquel afán al comenzar mi vida de catedrático, y que ha permanecido toda mi vida.»

Por puro patriotismo, y por respeto a ilustres amigos que le presionaban, hubo de darse en un momento crítico de España a la política activa. Su estado de ánimo refléjase fielmente en estas líneas, que datan de mayo de 1931: «Han pasado sobre mí tantas cosas desde que no nos vemos, que me parece he envejecido un siglo. Quién me había de decir que ya no es la pérdida de mi madre el más intenso de mis sufrimientos! Las penas que Dios envía llevan siempre algún consuelo, y en la mía el principal es haber presenciado su muerte santísima y serenísima... Para las penas de los hombres —para las que desatan los hombres— no hay consuelo posible.» Un año después —yo continuaba estudiando fuera de España gracias a su prometida vigilancia— me contaba su aventura política: «He de pasarme forzosamente el verano convertido en político a la fuerza, dando mítines —ya conoce usted mis admirables condiciones para este menester—, y dedicado a un trabajo de organización para el cual carezco de vocación y de aptitudes. Todo sea por Dios, que me depara tantas alegrías en mi hogar y en mis trabajos habituales.»

Vinieron luego los años de plenitud. Se multiplicaba y parecía multiplicar prodigiosamente su tiempo, porque ni su salud ni su voluntad ni su vida las guardaba para él. En un mundo donde suele llamarse ambición lo que no pasa de codicia, dio una constante lección de abnegación y austeridad, y sirvió allí donde le pidieron que sirviese, sin

servirse jamás, sin sombra de ambiciones perfectamente legítimas. Su siembra en tierras de América fue profunda. Pude ser testigo del éxito de sus conferencias en Puebla de los Angeles, continuado luego en todo Méjico. En aquella catedral de Puebla, que tanto recuerda la nuestra de antes de la reforma, a raíz de la postguerra, iba señalando pormenores y pormenores, precisando datos y datos del proceso de su construcción, y aquel grupo de universitarios y eruditos locales que le acompañaban maravillados acabaron diciéndole que estaba redescubriéndosela.

Ultimamente, cuando, ya jubilado, hubiera podido retirarse a trabajar con sosiego en aquella impresionante biblioteca donde los libros se apilaban a doble fila desbordándose por las mesas y los sillones, o en aquel palacio segoviano tan dulcemente descrito en alguno de sus poemas, vivía aún más atareado y expropiado que antes, porque, aparte la culminación de su obra ingente de historiador del arte —obra que nuestro presidente, infinitamente más autorizado que yo, habrá de destacar—, y aparte la rectoría de instituciones que le eran muy caras, con el aquel de la jubilación diríase que le imaginaban ocioso, y él seguía sin saber negar su ayuda a nadie, y seguían lloviéndole las más peregrinas comisiones.

Este fue —y perdonadme lo incompleto y tosco de mi semblanza, que he procurado salvar con textos suyos— el maestro, el académico y el amigo que se nos ha muerto, trabajando hasta última hora como si fuera a ganar el mundo, y desentendido de la mundanidad en una serena espera de la muerte.

«la piadosa muerte que vendrá en su día llamando a las puertas de la casa mía cuando Dios quisiere que parta desde ella para otra morada más noble y más bella».

Morir —cantaba otro poeta de Castilla, Leopoldo Panero— «es desbordar el ámbito del mundo..., hallar el delgado sonido de la carne que luce su transparente vidrio». «Si en el momento de la muerte —ha sentenciado Merton— ésta viene a nosotros como un extraño indeseable, será porque Cristo era también para nosotros un extraño indeseable»... La espera de la muerte, en aquel hombre de religiosidad ferviente que era el Marqués de Lozoya, fue la espera del encuentro con Cristo. Toda su vida fue un claro acercamiento que culminaría en lúcido ofertorio. Propiamente lo que ahora celebramos, con una pena no exenta de dulzura al evocarle, es ese encuentro feliz. Pocos lo cantaron como él:

«El cáliz beberé de mis destinos,
y al final de mis áridos caminos
me rendiré al dolor y a la fatiga.
Tal vez entre las sombras de la muerte,
¡oh, mi Señor Jesús! alcance a verte.
los ojos mansos y la faz amiga.»

Sin «tal vez». Porque su esperanza era profunda; pero también el Señor, contento de él, lo estaba esperando.

JOSE CORTS GRAU
Académico de Honor